

FUNDACIÓN  
ALEJANDRO ÁNGEL ESCOBAR

50 AÑOS





© Fundación Alejandro Ángel Escobar  
Calle 26 No. 4A-45 piso 10  
Tel.: (571) 2818711 - Fax: (571) 2433104  
Bogotá D.C., Colombia  
e-mail: [direccion@faae.org.co](mailto:direccion@faae.org.co)  
[www.faae.org.co](http://www.faae.org.co)

ISBN: 978-958-98084-6-7

1a. edición: Julio de 2007

COORDINACIÓN EDITORIAL Y DISEÑO: Santiago Mutis

FOTOGRAFÍAS: FAAE

PORTADA: Fondo de Fabián Rendón, *Cuaderno de Mapas* (detalle), con dibujo invertido de Riou sobre las Palmas de Cera del Quindío, grabado por E. Villier para la edición de *América Pintoresca* de 1884. Tomado de Erisa Ilustrativa, 1980.

Diagramación e impresión:

ARFO Editores e Impresores Ltda.

Carrera 15 No. 54-32

Tels.: 2494992-2175794

Bogotá, D. C.

[casaeditorial@etb.net.co](mailto:casaeditorial@etb.net.co)



MARÍA TERESA URIBE DE HINCAPIÉ

ENSAYO, REFORMA, RUPTURA Y DIVERSIDAD:  
EL DESPLIEGUE DE LAS  
CIENCIAS SOCIALES EN COLOMBIA

**Una introducción pertinente**

Los premios de la Fundación Alejandro Ángel Escobar en ciencias sociales fueron instituidos en el año 1995, mediante una decisión de su junta directiva (FAAE, 1995) según la cual este amplio campo de conocimientos ameritaba un galardón especial y diferenciado, dada su especificidad y la aparente desventaja en la competencia académica con las ciencias duras que estaba dejando por fuera de los reconocimientos unos trabajos de invaluable valor académico y científico. Esta decisión contribuyó a modificar la tradicional percepción que se tenía en Colombia sobre lo que era científico y lo que carecía de ese estatus. La instauración de estos premios se adoptó como parte de las celebraciones por cuarenta años ininterrumpidos de estímulo al desarrollo de la ciencia y el conocimiento en Colombia y fue una manera de hacer visibles los aportes que desde estas disciplinas podrían hacerse al esclarecimiento de los problemas nacionales que mostraban cada vez un acento más social y un rostro definitivamente humano.

El año 1995 marca un giro institucional en el universo de los premios; sin embargo, esto no significa que lo social hubiese estado ausente de la competencia por los reconocimientos a la labor científica e investigativa; prácticamente desde la instauración de los premios de ciencias de la Fundación (1955), se presentaron trabajos que marcaron huellas en el devenir de las disciplinas sociales; algunos de ellos, lograron la distinción en ardua competencia con las llamadas "ciencias duras" que dominaron el escenario de los premios durante cuarenta años; otros no resultaron acreedores de premios o nominaciones pero tuvieron la virtud de haberse convertido en clásicos de las cien-



cias sociales, obras que marcaron hitos y que hoy se constituyen en referentes analíticos imprescindibles para la historia de las ciencias sociales en Colombia y en América Latina.

Por esta razón, el texto que a continuación se va a leer no se circunscribe a la última década, momento en el cual los premios en ciencias sociales fueron institucionalizados en la Fundación sino que abarca un período más amplio, intentando rastrear la memoria histórica de las ciencias sociales a partir del rescate de las huellas dejadas por los trabajos presentados a concurso en los cincuenta años que han corrido para esta Fundación, pionera por lo demás en el impulso a la investigación y el conocimiento. Estas huellas, algunas perdidas, otras seguidas por muchos o abandonadas para volverlas a reencontrar bajo nuevas formas y dimensiones, han venido configurando, con avances y retrocesos, el campo analítico de las ciencias sociales en Colombia, pero existe además una coincidencia muy cautivante: el tiempo histórico de la Fundación Alejandro Ángel Escobar se corresponde con el de la formalización-profesionalización de las ciencias sociales en el país, casi podría afirmarse que ambas se corresponden con un *ethos* cultural similar: el de la modernización y el desarrollo, lo que haría pensar en una trama poco visible que articula de alguna manera propósitos e imaginarios colectivos en ambos campos.

Las llamadas ciencias sociales constituyen un conjunto de saberes que se han venido diferenciando por sus objetos, sus métodos, sus teorías específicas, sus tradiciones intelectuales y las maneras de abordar los problemas de los que se ocupan; están pues lejos de constituir una unidad temática o de compartir vectores analíticos comunes. Si algo caracteriza las ciencias sociales es la fragmentación y la diversificación de sus propósitos e intereses, de allí que el enfoque estrictamente disciplinar para reconstruir la memoria histórica de los premios de la Fundación no parece el más adecuado y el resultado de semejante sumatoria podría ser poco significativo además de tedioso; por el contrario si la mirada se pone en los objetos de las investigaciones presentadas y /o premiadas en los concursos, es posible identificar tendencias, giros, predominancias, temáticas preferidas y a partir de allí aparecerían los saberes desde los cuales se abordan dichos objetos. Los trabajos presentados a la Fundación constituyen un patrimonio documental de primera mano que puede contar una historia muy sugestiva si se le formulan las preguntas adecuadas; de allí que la idea que anima este texto no sea la de recontar, clasificar y medir los alcances de cada disciplina en particular sino la de indagar por los



énfasis investigativos en ciencias sociales, de acuerdo con los objetos que se analizan y los problemas que los trabajos pretenden esclarecer.

Además de ser fragmentadas y diversas, las ciencias sociales son rizomáticas; es decir, sus vectores analíticos y sus aportes sustanciales no se circunscriben a los espacios que tradicionalmente les han sido asignados sino que con frecuencia son interpeladas por otras ciencias, penetran como raíces en otros campos analíticos incluso en aquellas más duras como las médicas o las medioambientales; esto puede constatarse en los trabajos con orientación aplicada y en los destinados a la planificación, la gestión o la formulación de políticas públicas; el componente "de lo social" como a veces se lo llama, está cada vez más presente en investigaciones sobre objetos diversos a los de su quehacer tradicional, lo que puede estar señalando la presencia de diálogos interdisciplinarios de mucho interés, circunstancia ésta de la cual están dando cuenta los premios de la Fundación sobre todo en los últimos años. Las consideraciones anteriores sirven de marco general al propósito central de este texto: la reconstrucción de la memoria histórica de las ciencias sociales vistas desde el escenario de los premios anuales otorgados por la Fundación Alejandro Ángel Escobar.

### Los comienzos difíciles

Los comienzos de las ciencias sociales en Colombia vinieron de la mano de las profundas transformaciones sociales ocurridas en el país durante las décadas de 1920 a 1940; con el surgimiento de las primeras industrias, la expansión de la economía cafetera, el crecimiento de los centros urbanos, el despliegue de redes viales y de comunicación y el advenimiento de un gobierno reformista empeñado en modernizar el país y en cumplir una función intervencionista en las esferas de la sociedad y de la economía, estas transformaciones posibilitaron que se hicieran visibles las masas en el espacio público, con nuevos actores sociales: obreros, indígenas, empresarios industriales y campesinos sin tierra; que se desplegaran nuevas formas de organización social como los sindicatos, las ligas campesinas y los gremios de la producción; nuevos partidos, socialistas y comunistas; otras estrategias de acción colectiva como las huelgas, las ocupaciones de tierras y los movimientos indígenas y estudiantiles. La presencia de las masas en la política tuvo como correlato que "la cuestión social", nombre con el que empezó a designarse ese



cúmulo de asuntos relativamente novedosos, empezara a verse como un problema al cual debería dedicársele la mayor atención por parte de los gobiernos pero también de grupos de intelectuales y académicos, algunos militantes activos de la izquierda, que asumieron como un reto el esclarecimiento de estos nuevos fenómenos sociales.

“La cuestión social” se convirtió en el referente para la acción política, la gestión pública y la investigación; cada partido o movimiento tenía su propia interpretación de lo social y el gobierno la suya; eran lecturas diferentes y a veces antagónicas. Sin embargo este lema tenía la virtud de darle un nombre común a situaciones novedosas y la de encerrar en una sola frase un cúmulo de asuntos muy diversos; el resultado fue el de situar en la agenda pública la preocupación por lo social y el de generar la necesidad de conocer estos fenómenos y de estudiarlos de manera científica y sistemática. En este contexto tiene ocurrencia la reestructuración de la Universidad Nacional, integrando en un solo cuerpo las distintas facultades y otorgándole autonomía académica y administrativa; la creación de la Escuela Normal Superior (1934), cuyo propósito fue el de formar profesionales y docentes y, además, construir un sistema de información y conocimientos que sirviese de apoyo a la toma de decisiones y al despliegue de proyectos orientados a la solución de los problemas sociales (Cataño, 1980).

El Instituto tuvo como su primer rector al doctor Rafael Bernal Jiménez, quien escribiría el primer manual de sociología, texto guía de las primeras escuelas de esa disciplina en el país. En la Escuela Normal y en el Instituto Etnológico Nacional, al decir de Luis Eduardo Sarmiento, “se instauró el estudio sistemático de un grupo de ciencias propiamente sociales como la prehistoria, la antropología, la geografía económica general y de Colombia, la historia de las civilizaciones antiguas y la sociología” (Pineda Camacho, 1984: p. 231).

Durante este periodo, el Ministerio de Educación Nacional, a cargo del doctor Luis López de Mesa, además de crear la cátedra de antropogeografía en los colegios oficiales de secundaria, diseñó el programa de investigación social llamado “Comisión de Cultura Aldeana”, que se proponía un acercamiento al mundo rural y a las pequeñas poblaciones dispersas por la geografía colombiana y se buscaba producir monografías sobre los distintos departamentos que permitiesen una mejor comprensión de las realidades sociales y económicas de la periferia (Arocha, 1984: p. 48). Por la misma época, Jorge Elié-



cer Gaitán fundaba el Ateneo de Altos Estudios, una suerte de réplica de los ateneos impulsados por los republicanos españoles que les había dado tan buen resultado en la transformación de la educación, la pedagogía y la cultura tradicional en los años que precedieron a la guerra civil en ese país; pero, quizá, los asuntos indígenas fueron los que convocaron el mayor interés de los intelectuales y los esfuerzos más significativos de los gobiernos para crear espacios institucionales que posibilitaran el acercamiento riguroso a lo social.

Según Jaime Arocha (1984: p. 50), la fundación del Instituto Etnológico Nacional constituyó el fundamento más significativo para el despliegue de las ciencias sociales en Colombia; este instituto fundado durante la administración del doctor Eduardo Santos y dirigido por el doctor Paul Rivet, surgió en las instalaciones de la Escuela Normal, encargada como se sabe de la formación de maestros y donde ya se venían impartiendo clases sobre algunas disciplinas de las ciencias sociales (Arocha, 1984: p. 50). El Instituto Etnológico se encargó de formar docentes en estos campos; muchos de los alumnos provenían de diversos lugares del país y a ellos regresaron para difundir las nuevas ciencias, mejorar la educación impartida en colegios y universidades y para desarrollar algunas investigaciones etnográficas y etnológicas entre los diversos grupos de indígenas, campesinos y colonos de sus respectivas regiones.

La Escuela Normal Superior y el Instituto Etnológico contaron con un selecto grupo de profesores y científicos muchos de ellos provenientes del exterior y llegados al país por las vías del exilio político, formados en universidades europeas, y portadores de los nuevos desarrollos disciplinares y de los grandes debates sociales y culturales que se venían dando en sus países de procedencia: "a este grupo pertenecieron entre otros el economista Rudolf Hommes, el geógrafo Ernesto Guhl, el prehistoriador y arquitecto José de Recasens; el etnólogo y arqueólogo Julios Wolfram Schotelios; el etnohistoriador Francisco Cirre y el lingüista Urbano González de la Calle" (Arocha, 1984: p. 51). Con la llegada de Rivet al Instituto, proveniente del París ocupado por la Alemania nazi, se le dio un gran impulso a esta institución pensada originalmente para la docencia pero que rápidamente desbordó estos propósitos para incursionar en los campos de la investigación social.

Los primeros graduados del Instituto Etnológico se distribuyeron por todo el país y a más de difundir los conocimientos adquiridos, desarrollaron algunos trabajos pioneros en los campos de la arqueología, la lingüística y la etno-



historia; "Gregorio Hernández de Alba, Graciliano Arcila, y Aquiles Escalante fundaron filiales del Instituto Etnológico Nacional en el Cauca, Antioquia y Atlántico respectivamente. Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff harían lo propio en el Magdalena a principios de los cincuenta" (Arocha, 1984: p. 51).

Sobre estas primeras incursiones por los campos de la investigación social decía la antigua alumna Blanca Ochoa de Molina en entrevista realizada en los años ochenta lo siguiente: "... Eran investigaciones... de carácter descriptivo, todavía no se hacían los análisis socio-económicos y socio-políticos ni de los pueblos desaparecidos ni de los pueblos actuales, en el campo etnográfico ese vacío se llenaba por el Instituto Indigenista Colombiano que se creó por la iniciativa de un grupo que por entonces nos llamaban los románticos ... Sin apoyo oficial y costado por nuestros propios medios" (Pineda Camacho, 1984: p. 233). Es decir, mientras en el Instituto Etnológico y en la Escuela Normal se investigaba bajo los parámetros de la neutralidad valorativa y la objetividad analítica, el Instituto Indigenista se adentraba en los terrenos de la crítica y del develamiento de la situación de miseria y opresión de los grupos más desfavorecidos.

El Instituto Indigenista, influido por las corrientes mexicanas y peruanas de la antropología que impulsaron sus fundadores, entre otros Antonio García, Guillermo Hernández Rodríguez y Juan Friede, le hacía un gran contrapeso al Instituto Etnológico; no obstante esta institución logró difundir la antropología de corte clásico, las metodologías empíricas y la modalidad de los trabajos de campo, pautas seguidas también por sus colegas del Instituto Indigenista (Pineda Camacho, 1984: p. 236).

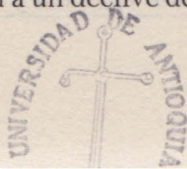
A los nuevos espacios fundados para la formación en ciencias sociales y la divulgación de teorías y metodologías de trabajo que tuvieron acogida en la Escuela Normal Superior, en el Instituto Etnológico Nacional y el Indigenista, habría que agregar un movimiento intelectual y político que a veces coincidía con los primeros y en otras les hacía contrapunto. Se trataba del grupo de "Los Nuevos", en torno al cual se reunieron varios intelectuales importantes que agitaban con sus discursos y sus escritos la vida nacional; este grupo aspiraba a renovar el orden social a partir de una transformación de amplio espectro que lograra una sociedad más igualitaria, mayor libertad y autonomía individual, una democracia abierta y secularizada y justicia social para los oprimidos y los excluidos; de esta agrupación hicieron parte



personajes tan importantes como Jorge Zalamea, Antonio García, Gregorio Hernández de Alba, entre otros; a ellos se aproximaron en diferentes momentos alumnos y profesores de la Escuela Normal Superior. Obras como la de Zalamea sobre el departamento de Nariño, la Etnología de la Guajira de Hernández de Alba o la de Antonio García sobre la Geografía Económica de Caldas, dan cuenta del interés de estos intelectuales por documentar y analizar el mundo desconocido de los indígenas pero también la vida regional, la economía de las zonas cafeteras, los avatares de los procesos de colonización y la apertura de fronteras.

Paralelamente a la preocupación por los mundos del indio, su aculturación o preservación, a finales de los años cuarenta se empezaron a impulsar trabajos sobre las zonas campesinas de economía tradicional, como la propiciada por el doctor Guillermo Nannetti, director en ese momento de la Escuela Normal y quien con apoyo internacional, encomendó al profesor Gabriel Ospina la realización de un trabajo sobre desarrollo comunitario en algunos municipios de Cundinamarca; a ese equipo de investigación se incorporó el sociólogo Orlando Fals Borda; de allí pasó a vincularse con la construcción de la represa del Sisga y con los campesinos de la cercana vereda de Saucío, trabajo que le sirvió de base para la elaboración de su texto "Campesinos de los Andes", publicado al comienzo de la década de 1960 (Fals Borda, 1961).

"La cuestión social", referente cultural de una época y lema central del quehacer político y académico, había logrado situarse en el centro de la vida pública nacional; en su nombre se habían diseñado las estrategias políticas de la "Revolución en marcha" con su cauda de reformas institucionales y legales; se había impregnado el quehacer de los intelectuales y pensadores nacionales; se habían diseñado nuevas instituciones educativas y por esa puerta llegaron las ciencias sociales para quedarse; no obstante este florecimiento inicial tuvo un significativo declive durante el período de la violencia al finalizar la década de 1940. Dada la confrontación en los campos se hizo cada vez más difícil realizar los trabajos de investigación; a su vez, las nuevas ciencias sociales se volvieron sospechosas y muchos de los académicos fueron señalados de comunistas y gaitanistas, algunos abandonaron el país, otros se silenciaron y las instituciones educativas que habían constituido los nichos privilegiados para la reflexión y la enseñanza de las ciencias sociales, languidieron hasta desaparecer, asfixiadas por los problemas financieros y por estrategias de fragmentación que las llevaron a un declive definitivo (De Friede-





mann, 1984: p. 394 y ss); habría que esperar casi una década para que las ciencias sociales encontraran de nuevo su espacio, pero bajo otro lema “el cambio social” y diferente contexto político, el Frente Nacional.

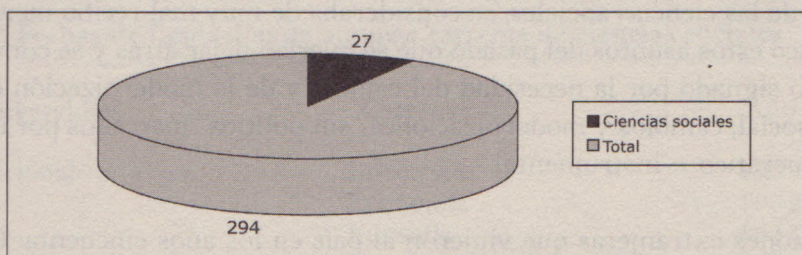
Algunos de los investigadores y científicos sociales ligados con los comienzos y cuyos nombres estuvieron inscritos en este momento fundacional, se encuentran una década más tarde presentando sus trabajos para competir por los premios de la recién constituida Fundación Alejandro Ángel Escobar. En el concurso de 1956 se presentó un trabajo del geógrafo Ernesto Guhl, quien, como se sabe, había sido profesor de la Escuela Normal Superior en los años anteriores; “Caldas” se llamaba la investigación presentada, era un estudio de geografía económica y social del departamento del mismo nombre en el cual se desarrollaban algunas interpretaciones muy sugestivas sobre la incidencia de la geografía y el medio natural en la producción agrícola y la distribución de la población en el territorio; varias décadas después de publicado este trabajo y cuando se pusieron al orden del día las investigaciones sobre planificación y los estudios regionales, este texto y otros del mismo autor, fueron leídos con mucho interés y seguidas algunas de sus indicaciones metodológicas. El texto del maestro Guhl obtuvo mención en el concurso de la Fundación.

En el año 1959, compitieron por los premios dos trabajos de la mayor significación en las ciencias sociales y aunque ninguno de ellos resultó ganador, han sido ejes emblemáticos de estas disciplinas en Colombia; se trata del texto de Orlando Fals Borda “El hombre y la tierra en Boyacá”, que junto con “Campesinos de los Andes” y los estudios sobre la vereda Saucío marcaron el comienzo de la investigación sociológica aplicada, textos que serán analizados en la segunda parte de este trabajo, pues el sociólogo Fals Borda no hizo parte de este primer grupo de pioneros; el segundo trabajo en concurso fue el “Atlas socioeconómico de Nariño” dirigido por el antiguo alumno de la Escuela Normal y miembro del Instituto Indigenista, Milcíades Chaves, con la colaboración de otros intelectuales como Estanislao Zuleta, Carlos Dulcey, Jorge Arturo Martínez e Iván Colorado: el Atlas es un trabajo muy del corte de los que se estaban realizando en el país en ese momento, estudios socioeconómicos regionales, como los de Guhl y los de Antonio García, con un énfasis en la etnografía de los grupos indígenas sobre los cuales venía trabajando Chaves desde años atrás y descripciones muy amplias sobre el campesinado nariñense, sus formas de producción agrícola y sus precariedades económicas y culturales.

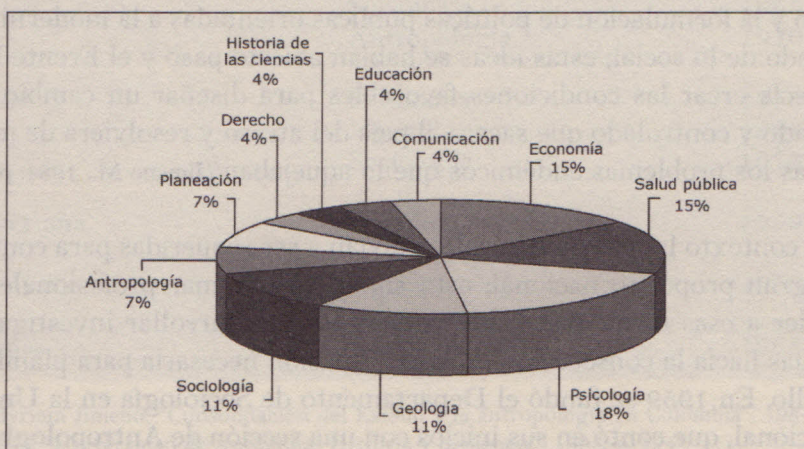


Sin embargo es necesario aclarar que los trabajos con enfoque social tuvieron muy baja representatividad cuantitativa en los primeros años de vida de la Fundación Alejandro Ángel Escobar; se pudiese pensar que los propios analistas e investigadores sociales no consideraban "científico" su trabajo y que no tenían los suficientes requisitos para entrar en la competencia con las ciencias duras o quizá era muy baja su producción académica y muy débiles todavía sus estructuras investigativas. Sea de ello lo que fuere es muy significativo que de 131 trabajos presentados entre 1955 y 1962, solo se correspondiesen con "lo social" siete trabajos, incluidos los reseñados antes. Durante este período de la vida de la Fundación no se otorgaron premios en 1958, y en otros años solo se otorgó un galardón.

GRÁFICA 1  
Presencia de las ciencias sociales en el total de trabajos presentados a la FAAE entre 1955 y 1975.



GRÁFICA 2  
Presencia de las disciplinas de lo social en el total de trabajos presentados a la FAAE entre 1955 y 1975.





## **La profesionalización de las ciencias sociales y el pacto de compromiso con el Estado**

“El cambio social” fue el propósito colectivo que animó la vida colombiana en la década de los años sesenta; atrás habían quedado los tiempos de la violencia política y de las explosiones urbanas del nueve de abril, los partidos tradicionales habían cesado en sus disputas armadas y suscribieron un pacto de convivencia refrendado institucionalmente por el plebiscito de 1957 mediante el cual se alternarían en el uso del poder y los cargos públicos serían distribuidos paritariamente; el pacto frentenacionalista tendría una vigencia de dieciséis años, período en el cual suponían sus gestores que se curarían las heridas dejadas por la violencia y sobre el olvido de las víctimas y el perdón a los victimarios se construyó un nuevo escenario donde la modernización y el desarrollo estuvieron al orden del día. Aunque la barbarie de la violencia vivida en los años anteriores dejaba muchos interrogantes que invocaban respuestas de las ciencias sociales, se consideraba de muy mal recibo mencionar en público estos asuntos del pasado que se querían dejar atrás y se convocaba el futuro signado por la necesidad del cambio y de la modernización económica y social, cambios y modernizaciones “sin política” marcados por un signo tecnocrático e instrumental.

Las misiones extranjeras que vinieron al país en los años cincuenta: Currie, Le Bret y la CEPAL, habían insistido en la necesidad de transformar las obsoletas estructuras productivas y de reconstruir institucionalmente el aparato estatal bajo el modelo del cálculo y la previsión, introduciendo estrategias de gestión como la planificación, el despliegue de planes de desarrollo de mediano plazo y la formulación de políticas públicas orientadas a la modernización del mundo de lo social; estas ideas se habían abierto paso y el Frente Nacional parecía crear las condiciones favorables para diseñar un cambio social planificado y controlado que sacara al país del atraso y resolviera de una vez por todas los problemas endémicos que lo aquejaban (Jimeno M., 1984: p. 178).

En este contexto las ciencias sociales volvían a ser requeridas para contribuir con el gran propósito nacional; esto significaba formar profesionales para responder a esas demandas gubernamentales y desarrollar investigaciones orientadas hacia la consecución de la información necesaria para planificar el desarrollo. En 1959 se fundó el Departamento de Sociología en la Universidad Nacional, que contó en sus inicios con una sección de Antropología; poco



después se crearían facultades similares en las universidades católicas Javeriana en Bogotá y Bolivariana de Medellín, cuyo propósito era el de formar pensadores católicos que orientasen el cambio social desde las tesis doctrinarias de las encíclicas de los Papas. En 1966, la carrera de Antropología en la Nacional se separó de Sociología y empezó a funcionar con el apoyo de Roberto Pineda Giraldo y su esposa Virginia Gutiérrez y en la de Antioquia el antiguo alumno de la Escuela Normal, Graciliano Arcila, se empeñó en crear una carrera de Antropología. También se fundaron facultades y escuelas de economía por la misma época en las principales ciudades del país escindidas la mayoría de las veces de las facultades de Derecho, y las carreras de ciencias sociales vivieron un auge inusitado inducido en buena parte por la demanda gubernamental de profesionales en esas disciplinas (Jimeno, 1984: p. 179).

TABLA 1

Fechas de fundación de algunas carreras de ciencias sociales		
Universidad	Carreras	Año
Nacional	Educación	1933
	Economía	1952
	Filosofía	1945
	Psicología	1948
	Sociología	1959
	Antropología	1966
Antioquia	Educación	1959
	Sociología	1969
	Antropología	1970
Valle	Economía	1958
	Filosofía	1962
	Sociología	1978
Javeriana	Sociología	1959
Bolivariana	Sociología	1959
Andes	Antropología	1963

Fuente: Myriam Jimeno, "Consolidación del Estado y la antropología en Colombia", 1984, p. 178. Ver también: "Universidad de Antioquia- Historia y presencia", 1998, p. 174.



Estas facultades y escuelas en ciencias sociales, se nutrieron en buena parte con los aportes de los profesores formados en la Normal Superior y con profesionales formados en el exterior que regresaron al país en la misma época; los propósitos de esas escuelas y departamentos de ciencias sociales eran los de "calificar recursos humanos para realizar proyectos de cambio a nivel local, regional y nacional y desarrollar habilidades para el diseño de estrategias de planificación social" (Cataño, 1980: p. 54). Lo que se pretendía, dice Gonzalo Cataño, era comprometer a las disciplinas de lo social "en un proceso controlado de modernización de la economía, la asistencia social y la administración pública" (Cataño, 1980: p. 54). Como era de esperarse, el énfasis en la formación académica estuvo puesto en lo instrumental y en las ciencias aplicadas con un espíritu pragmático signado por la utilidad y la aplicación inmediata de los resultados obtenidos.

Los egresados de estas disciplinas eran incorporados en los grandes institutos descentralizados que se desplegaron durante ese período: el Instituto Colombiano de Reforma Agraria, INCORA; el Instituto de Crédito Territorial, ICT; el DANE y los del sector agropecuario como el ICA y el IICA - CIRA, a más de las oficinas de Planeación Nacional. A este proceso de formación académica se vincularon algunas fundaciones norteamericanas como la Ford con recursos y profesores visitantes. De esta manera se fue fraguando otro pacto social, el de las ciencias sociales con el Estado bajo la égida del cambio social y con la promesa de un futuro moderno y desarrollado. Dice Jaime Arocha que hacia 1960 "las relaciones entre la universidad y el Estado eran estrechas... Orlando Fals Borda actuaba simultáneamente como decano de sociología y como consejero gubernamental, papel que ejercía mediante su cargo de secretario del Ministerio de Agricultura y Camilo Torres, cofundador de la misma institución educativa, combinaba sus clases en la Nacional con la membresía en la junta directiva del Instituto de Reforma Agraria". A su vez el antropólogo Roberto Pineda Giraldo se desempeñaba en el Instituto de Crédito Territorial y en el Centro Interamericano de Vivienda, y Milcíades Chaves, ocupaba la subgerencia del Incora (Arocha, 1984: p. 64).

El pacto implícito entre ciencias sociales y Estado se desplegaba en las esferas gubernamentales destinadas a modernizar el aparato público y a cumplir las metas de desarrollo y modernización, pacto alimentado por el optimismo generalizado y la percepción fundamentada en lo que decían las teorías del desarrollo, según las cuales si se removían las estructuras socioeconómicas



atrasadas, se modernizaba el Estado y se atendía oportunamente a las poblaciones excluidas y marginales, era posible acceder a un futuro más promisorio; podría afirmarse que los intelectuales de las ciencias sociales se constituyeron en parte activa de ese proyecto político de los primeros gobiernos del Frente Nacional, lo asumieron como propio, contribuyeron a definirlo y a ponerlo en ejecución y acordes con ese propósito, orientaron el quehacer formativo en las facultades y su trabajo investigativo, bajo el signo del positivismo, las ciencias aplicadas, el trabajo empírico y el afinamiento de lo instrumental con una influencia muy marcada de la sociología norteamericana de la época.

Durante este período fue de gran incidencia el pensamiento de la CEPAL tanto en las políticas públicas como en la orientación de las ciencias sociales; esta institución apuntaba hacia la revisión de los principios y métodos de la planificación, abogaba por el acentuamiento del intervencionismo estatal, las reformas fiscales, la redistribución del ingreso, las políticas de empleo y la modernización de la agricultura; para los "cepalinos" el desarrollo solo podría venir de la mano de la planificación. En 1960 el recién creado Departamento Administrativo de Planeación Nacional, formuló "el Plan de desarrollo decenal" con asesoría de los técnicos de la CEPAL; este plan fijó las metas de crecimiento económico y estableció los coeficientes de inversión requeridos para salir del atraso (Zuluaga, J., 1992: p. 160). No es de extrañarse entonces, que entre 1963 y 1964 el Departamento de Sociología de la Universidad Nacional sirviese de consultor para la formulación de planes de desarrollo y que sus investigaciones apuntaran hacia las estrategias de la CEPAL.

Dice Myriam Jimeno, que entre 1965 y 1969 "se intentó a través del Programa Latinoamericano de Estudios para el Desarrollo, PLEDES, formar especialistas en aspectos sociales del desarrollo y para ello, se contó con una nómina de conocidos profesores latinoamericanos orientados por el pensamiento de la CEPAL y las teorías de la dependencia. Diversos organismos internacionales los auspiciaron." (Jimeno, 1984: p. 179).

Otra institución estatal que sirvió de nicho para el despliegue de la investigación en ciencias sociales fue el DANE. En 1970 se creó allí un grupo de trabajo -SEPROCOL- dedicado al análisis de los grandes problemas nacionales; de allí surgieron trabajos de gran valor estadístico e interpretativo que fueron publicados por el DANE en sus boletines mensuales de estadística; cabe destacar la investigación de Alberto Corchuelo y Gabriel Misas



“Contribución al estudio del grado de concentración en la industria colombiana” (Boletín Mensual de Estadística No. 266); el de Salomón Kalmanovitz “La agricultura colombiana 1970-1972” (Boletín Mensual de Estadística Nos. 276 y 277), y el excelente trabajo de Jorge Villegas “Estadísticas históricas de Colombia”.

A esta época de optimismo y pacto con el Estado corresponden los primeros trabajos de Fals Borda, que fueron presentados a la Fundación para competir por el premio de ciencias; “El hombre y la tierra en Boyacá” que recoge las experiencias de Saucío y sus aproximaciones a los universos campesinos desde el Ministerio de Agricultura; un año antes había sido publicado un texto que le sirvió al autor para elaborar sus reflexiones sobre los campesinos boyacenses que se llama “Acción Comunal en una vereda colombiana, su aplicación, resultados y su interpretación” (Fals Borda, 1960). Fals estuvo muy comprometido con la fundación de los programas de acción comunal y trabajó con un grupo de estudiantes de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional en esta forma de organización campesina. Se confiaba en que ésta era la vía más adecuada para resolver colectiva y autónomamente los problemas de la economía campesina. Y un año después aparece publicado “Campesinos de los Andes”.

Este cúmulo de trabajos se corresponde con los paradigmas dominantes en la época, resultado de un sólido trabajo empírico de mucho tiempo combinado con observación participante, lo que le permitió al autor hacer algunas interpretaciones muy novedosas para la época sobre la cultura campesina y las raíces culturales del atraso.

Una de las preocupaciones centrales del momento era la estructura agraria, no solo por lo que significaba la mala distribución de la tierra, la baja productividad y la práctica ausencia de recursos tecnológicos, sino también por las mentalidades campesinas, arcaicas, sacralizadas y en cierta forma resistentes al cambio; el texto de Fals intenta situar el problema en otro lugar y desvirtuar estos prejuicios sobre un mundo campesino al cual no se habían acercado de manera sistemática los ensayistas del pasado; se pensaba que las mentalidades campesinas eran resistentes al cambio, tradicionales, sumisas, pasivas e incapaces de afrontar las demandas de una agricultura en expansión. Fals se ocupa en estos textos de demostrar cómo la supuesta mentalidad tradicional y premoderna tenía que ver con dimensiones históricas que se



remontaban al tiempo de los Muisca, a la ruptura violenta que sobre estos colectivos sociales tuvo la Conquista, así como a las presiones del latifundio desde el siglo XIX y a la inclusión violenta de los pequeños campesinos en las disputas políticas de los partidos en las décadas de los cuarenta y los cincuenta. Señala también que la influencia de la Iglesia Católica, con su prédica de sumisión y obediencia había contribuido a mantener la visión sacralizada del mundo e impedía que los campesinos asumieran una actitud que podríamos llamar moderna.

Fals propone mecanismos distintos de inclusión de los colectivos tradicionales al mundo moderno que pasaban por el reconocimiento de su capacidad de asumir los retos del momento y por la búsqueda de organizaciones propias que les permitieran identificar sus problemas y presentarlos como demandas al Estado para que éste respondiese con las ayudas y la inversión necesaria. En síntesis, estas supuestas visiones tradicionales del mundo se podían cambiar, transformar, otorgándoles a los sujetos sociales reconocimiento, autonomía para sus organizaciones y apoyo institucional para superar los escollos del atraso productivo.

La importancia de estos textos para el devenir de las ciencias sociales en Colombia es que se convirtieron en modelos para la investigación en estas áreas, fueron estudiados concienzudamente por los estudiantes en todo el país y hoy son considerados como textos fundacionales de las ciencias sociales y como parte muy significativa de su patrimonio histórico.

### **Del *ethos* del reformismo al *ethos* de la revolución**

No obstante, este pacto entre las ciencias sociales y el Estado no duró mucho. Para mediados de la década de 1960 el optimismo reinante estaba en pleno declive, ya no se veía tan clara la posibilidad del cambio social, las resistencias políticas de ciertas elites hacían difícil la modernización del campo, la economía develaba los problemas del desempleo, el aparato público en lugar de modernizarse se clientelizó, las ciudades se expandían sin control mediante las invasiones de tierra urbana, y poco a poco sociólogos y antropólogos se fueron retirando de sus funciones públicas y sus asesorías a los planes y programas de desarrollo y pasaron de ser los grandes aliados de la propuesta reformista, a situarse en el campo de la oposición al Frente Nacional.



El desencanto de los intelectuales de las ciencias sociales coincidió con el incremento de la crítica estudiantil a los programas que se impartían; se debatieron los supuestos teóricos de las disciplinas, los enfoques metodológicos, el positivismo, el funcionalismo y el trabajo empírico y empezaron a mirar hacia las teorías latinoamericanas de la dependencia, el colonialismo interno, el desarrollo desigual de la economía, la marginalidad social y sobre todo hacia el pensamiento marxista. Gran significación tuvieron en este giro teórico y político las tesis del subdesarrollo y la dependencia formuladas por sociólogos y economistas del Cono Sur, algunos de ellos vinculados a la CLACSO de Chile y a las universidades brasileñas y argentinas; estas teorías latinoamericanas tuvieron una amplia recepción en Colombia entre estudiantes y profesores de las ciencias sociales; el Grupo que publicaba la revista "Estrategia" del cual formaban parte Mario Arrubla, Estanislao Zuleta y Jorge Orlando Melo entre otros, fueron divulgadores de este pensamiento; además, en esa publicación se dio a conocer por primera vez el trabajo de Arrubla "Estudios sobre el subdesarrollo colombiano", que se convirtió en un referente obligado para los intelectuales comprometidos de las ciencias sociales.

Las teorías del subdesarrollo con sus variantes giraban en torno a una tesis central que entraba en franca disputa con las teorías desarrollistas del período anterior; según este pensamiento, existía en estos países latinoamericanos una suerte de imposibilidad estructural para salir del atraso a causa de la debilidad de la obtención de bienes de producción, a los intercambios desiguales, a la estrechez del mercado interno, fenómenos ocasionados por la dependencia de los países centrales y desarrollados. Frente a estos desequilibrios estructurales no habría espacio para el optimismo y solo parecían quedar en la escena pública estrategias de cambios radicales de tipo revolucionario.

El otro campo de interés de las ciencias sociales durante los años setenta estuvo ligado a los despliegues de la "Teología de la liberación", cuyas formulaciones centrales corrieron por cuenta de los teólogos brasileños y centroamericanos; la realización en Medellín de la segunda Conferencia Episcopal Latinoamericana CELAM en 1968, le dio una gran divulgación a estos principios cristianos que ponían en primera línea "la opción por los pobres" y la justicia social mediante la crítica de las estructuras económico-políticas excluyentes y opresoras, incluidas las de la propia jerarquía eclesial. Muchos estudiantes de las ciencias sociales se dedicaron a leer los libros del obispo Helder Cámara, a formar grupos de trabajo para ayudar a comunidades



campesinas y a barrios de invasión y trabajaron hombro a hombro con ellos en pequeños proyectos de desarrollo y de formación política.

El *ethos* del reformismo daba paso al *ethos* de la revolución y la teoría marxista aparecía en el horizonte como la “teoría científica” que iluminaría el quehacer de las ciencias sociales en el país. (Cataño, 1980: pp. 58 y ss.; Universidad de Antioquia, 1998: pp. 469 y ss). Fueron los tiempos de los movimientos estudiantiles; del surgimiento del Frente Unido, dirigido por Camilo Torres, que convocó grupos importantes de las universidades colombianas; de la aparición de las organizaciones armadas (FARC – ELN y EPL) y de un clima de confrontación y conflicto muy agudo, que sirvió para poner en guardia los gobiernos que a su vez empezaron a desconfiar de las ciencias sociales, a verlas como peligrosas, subversivas y a excluirlas como referente para sus planes de gobierno; para principios de los años setenta, la ruptura entre Estado y ciencias sociales estaba prácticamente definida.

### **La mutación de lo social**

Este declive de la investigación en ciencias sociales es perceptible desde el panorama de los textos presentados a competir por los premios de ciencias de la Fundación Alejandro Ángel Escobar; entre 1963 y 1980 sólo se registran alrededor de nueve trabajos que pudieran tener alguna orientación hacia lo social; y salvo el texto de Virginia Gutiérrez de Pineda sobre la estructura de la familia en Colombia y la “Encuesta de presupuestos familiares en Barranquilla, Bogotá, Cali y Medellín”, presentado por los investigadores del CEDE Francisco J. Ortega, Rafael Prieto y Roberto Villaveces, que obtuvo el premio –primero otorgado a las ciencias sociales–, ningún otro trabajo dejó huella en el patrimonio de estas disciplinas o convocó el interés de los estudiosos del tema; pero vale la pena señalar que en el abanico de trabajos presentados empiezan a aparecer algunas investigaciones valiosas en sí mismas porque de alguna manera develan el surgimiento de líneas de investigación y de trabajo que tendrían un futuro promisorio.

Una mirada panorámica sobre estos trabajos permite dividirlos en tres grandes grupos: aquellos que se enmarcan en las propuestas de planeación y desarrollo; los que se ocupan de las patologías y las anomias sociales y los que abordan temas de salud pública pero con un enfoque social y comunitario.



Dentro del primer grupo podría destacarse un trabajo presentado a concurso en 1964 por dos entidades, una privada y una pública —Icoplan y Codesarrollo—, a la cabeza del cual estuvo el doctor Mariano Ospina Hernández y que se denominó “Primer plan de desarrollo regional para el oriente antioqueño”. Este trabajo tuvo algún impacto en el ámbito de la gestión pública departamental en tanto que se proponía ordenar el crecimiento del oriente antioqueño impactado por la localización de las industrias de Medellín en esa zona, por la construcción de las grandes represas hidroeléctricas y por el crecimiento de las cabeceras municipales y tiene interés además, porque constituye un ejemplo de lo que podríamos llamar la “mutación de lo social” en los estudios de desarrollo; ya no se trataba como en el período anterior de reflexiones sobre la condición de los sujetos sociales, sus carencias y necesidades, sus exclusiones y sobredeterminaciones culturales. Ahora lo social se miraba solamente como oferta de servicios estatales, en salud, educación, recreación y otros desde perspectivas cuantitativas, números y porcentajes que poco decían sobre los receptores de esos servicios o sobre los déficit de atención gubernamental. En otras palabras, predominaban los enfoques cuantitativistas donde los sujetos se representaban solamente bajo signos numéricos.

El segundo grupo de trabajos se orientaba hacia lo que podríamos llamar las patologías y las anomias sociales: “La metamorfosis del chino de la calle”, presentado por Luis María Beltrán Cortés en 1970, o “Aspectos físico sociales del uso de fármacos en estudiantes universitarios de Bogotá” (1974) de Gerardo Marín, y otros con propósitos similares; la preocupación por las llamadas patologías era tan evidente, que incluso apareció en competencia un trabajo muy curioso que aborda el fenómeno Hippie como un asunto de Psicopatología social. Estos textos influidos por los enfoques conductistas y las teorías funcionalistas de la anomia social tuvieron mucho despliegue en esos años y reflejan de otra manera lo que hemos llamado “la mutación de lo social”, las transformaciones y cambios abruptos y rápidos en el mundo urbano, que eran vistos solo como patologías sin interrogarse sobre los fenómenos de tipo estructural y cultural que los estaban posibilitando.

El tercer grupo recoge algunos estudios cuyo valor reside en que inauguraron una línea de trabajo que tuvo desarrollos importantes en años posteriores; se trata de textos de salud pública y medicina que dialogan con las ciencias sociales en el marco de problemas colectivos que convocan el interés de ambas áreas del conocimiento. Entre ellos el “Estudio integral de una comu-



nidad rural" (1969) presentado por un grupo de salubristas antioqueños formados en la escuela de pensamiento del doctor Héctor Abad Gómez; este grupo escogió como seudónimo el llamativo nombre de "los desnutridos" y en él participaron investigadores como Hernán Vélez, Oscar Lema, Horacio Zuluaga y otros. Los diálogos interdisciplinarios se realizaron también con la antropología. Jaime Arocha señala que en la Universidad del Valle para esta misma época se desarrollaban trabajos de medicina social en los cuales los antropólogos tuvieron una participación muy significativa (Arocha, 1984: p. 93) y en 1974 se presentó a concurso un texto llamado "Aspectos evolutivos de la familia Cebidae", en el cual participó el distinguido investigador Emilio Yunis. Valdría la pena también rescatar un texto de historia de la medicina denominado "La Medicina de la Conquista y la Colonia" presentado por Gerardo Paz Otero en 1965. De esta manera, la sociología, la antropología y la historia, mediante el diálogo interdisciplinar, desplegaban sus pequeñas raíces en los campos bien definidos de las ciencias puras.

La investigación presentada al concurso en 1976 por doña Virginia Gutiérrez de Pineda "Estructura, función y cambio de la familia en Colombia" (Gutiérrez de Pineda, 1975), distinguida con una mención de honor, recoge las experiencias y reflexiones de doña Virginia sobre un tema al cual le dedicó buena parte de sus esfuerzos intelectuales y creativos. Tiene la gran virtud de irrumpir en la escena investigativa de los años sesenta y setenta con un estudio fresco que desbordaba literalmente los marcos en los cuales se desplegaba el trabajo de las ciencias sociales en el período, porque escapaba a lo que hemos llamado "el *ethos* de la revolución", pero también a "la mutación de lo social", recogiendo un hilo que venía desde los inicios de estas disciplinas en Colombia y ofreciendo un acercamiento muy riguroso a un tema aparentemente puntual —la familia— pero que le permitió ampliar la mirada hacia lo que ella llamó los distintos complejos culturales presentes en Colombia.

La investigadora descubre en el desarrollo de su trabajo que existen cuatro grandes complejos culturales o subculturas: el Andino-Americano; el Santandereano o Neohispánico; el complejo litoral —Fluvio— Minero o Negroide y por último el complejo de la Montaña o Antioqueño. Estos complejos culturales tendrían expresiones diferenciales en la constitución de las estructuras familiares —extensas o nucleares—, en su forma institucional —legales o de hecho—, en los valores y las prácticas asociadas con cada cual demostrando cómo el habitat, las etnias residentes, sus relaciones y los procesos de acul-



turación, las estructuras productivas, de tenencia de la tierra y actividades económicas, la mayor o menor presencia de la Iglesia Católica y la historia colectivamente vivida en cada complejo cultural, incidía en el tipo de estructura familiar, en sus funciones y en los cambios sociales ocurridos en cada espacio.

Este texto es un clásico y un hito en los estudios sobre familia en Colombia. Los investigadores que han abordado este tema en los años posteriores de todos modos tienen que ver con él pues se constituyó en un punto de referencia inevitable; a su vez, doña Virginia con este trabajo contribuyó de manera significativa a perfilar una visión socio-cultural de las regiones colombianas, aportando algunos elementos analíticos imprescindibles pero poco tenidos en cuenta hasta ese momento en los trabajos sobre las subnacionalidades (regiones) dominados por enfoques económicos y demográficos. Otra virtud del estudio de doña Virginia que no se puede dejar de mencionar, es el rescate de la significación de las mujeres en la vida colectiva de las comunidades, como trabajadoras, transmisoras de tradiciones y prácticas culturales, portadoras de valores y poseedoras de saberes y conocimientos centrales para el despliegue de la vida social.

### **El nuevo florecimiento de la investigación social**

Los años ochenta llegaron con otros aires y se vivió un lento despertar de la investigación social en el país; varios factores podrían explicarlo: la adopción de políticas públicas en el campo de la educación superior, que situaba la investigación como una función central de estas instituciones, colocándola en el mismo nivel de la profesionalización y la docencia (Decreto 80 de 1980); un mayor fortalecimiento de Colciencias, entidad destinada a financiar y a orientar la investigación en el país y, por supuesto, una mayor madurez en la formación de los profesionales de las ciencias sociales después de casi dos décadas de desarrollo académico formal de estas disciplinas. Pero además, es importante señalar que durante el período de predominio de lo que acá hemos llamado "*ethos* de la revolución" no todo fue dogmatismo, disputas internas y utopías como algunos afirman pues se vivió un clima cultural e intelectual de mucha significación; el debate académico permanente, los foros, las publicaciones periódicas, el despliegue de algunas editoriales, casi todas de izquierda, orientadas a la publicación de análisis sobre la realidad nacional,



dan cuenta de esa agitación intelectual que pudo haber contribuido a cimentar el interés por el saber y la investigación en el país.

Es muy significativo el incremento en la publicación de libros y revistas nacionales; según el Anuario Bibliográfico Colombiano, publicado por el Instituto Caro y Cuervo desde 1956, entre 1967 y 1978 se multiplicó por diez el número de títulos en ciencias sociales (Gómez, Juan Guillermo, 2005: p. 77); a su vez, se renovaron los textos de lectura obligada en las carreras de ciencias sociales, abriéndole las puertas a corrientes tan importantes como las teorías de la dependencia, el estructuralismo, y la filosofía política; se incursionó en campos nuevos como la semiótica, la hermenéutica y la lingüística; se renovó la mirada sobre la historia desde la escuela de Los Anales y de la Sociología con las Escuelas de Frankfurt y de Viena, se incorporó el psicoanálisis a las reflexiones de la psicología y todo ese acervo de tradiciones intelectuales europeas empezaría a reflejarse en el quehacer de los investigadores sociales una década más tarde.

Este despertar de la investigación en ciencias sociales se reflejó también en el concurso anual abierto por la Fundación Alejandro Ángel Escobar. Se incrementó significativamente el número de trabajos presentados a concurso; aparecieron temas novedosos como los de la emigración de colombianos hacia Venezuela de Ramiro Cardona y el grupo de investigadores de la CCRP (1982) y otro trabajo denominado "La moderna esclavitud: los indocumentados en Venezuela" de Alcides Gómez y Luz Marina Díaz. Pero el mayor esfuerzo en esta coyuntura vino por parte de los economistas: Miguel Urrutia presentó en el año 1982 un trabajo denominado "Los de arriba y los de abajo: la distribución del ingreso en las últimas décadas"; Salomón Kalmanovitz presentó dos trabajos: "El desarrollo tardío del capitalismo" (1984) y "Breve historia económica de Colombia" (1985); este último le significó una mención de honor. En 1986 entró en competencia una obra de José Antonio Ocampo, "Colombia y la economía mundial" y Eduardo Lora presentó en el año 1990 el texto "Introducción a la macro economía colombiana". Ninguno de estos trabajos resultó premiado pero todos ellos son de un altísimo nivel académico y se constituyeron en referentes de mucha significación para la historia de las ciencias económicas en el país.

Vale destacar especialmente los trabajos de Salomón Kalmanovitz. En "El desarrollo tardío del capitalismo" el autor elabora una respuesta muy sugesti-



va a la crisis del paradigma de la dependencia siguiendo la huella de sus debates anteriores con Mario Arrubla, e introduce el concepto de "tardío" para explicar a partir de un conjunto de hipótesis novedosas, las diferencias de este sistema en los países centrales con aquellos que iniciaron con retraso los procesos conducentes al despliegue del capitalismo; en su enfoque le otorga una función muy importante a la particularidad de las estructuras sociales y del comercio internacional para explicar el tipo de acumulación que caracteriza a estas economías en América Latina. El segundo texto presentado a la Fundación, fue publicado posteriormente con el título de "Economía y Nación: Breve historia económica de Colombia" (Kalmanovitz, 1987), obra de carácter histórico en la cual el autor reconstruye aquellos procesos que, a su juicio, incidieron en forma más determinante sobre el desarrollo económico del país (la explotación agropecuaria, la inversión extranjera, el mercado internacional, y la producción industrial, entre otras); ambas obras fueron textos de consulta para los estudiantes de economía y de otras disciplinas de lo social y podría decirse que a partir de allí, Kalmanovitz reorienta su labor investigativa hacia otros enfoques paradigmáticos. En el año 2005 el autor logra su segunda mención de honor en el concurso con un excelente trabajo denominado "La agricultura en Colombia en el siglo XX".

Los estudios de Eduardo Lora apuntan a ofrecer una visión integradora para la medición de las variables económicas incorporando otros vectores no tradicionales en este tipo de análisis lo que permitió, a juicio de algunos, resolver esa difícil relación entre teoría económica, estadísticas y asuntos contables, texto muy importante en la formación de profesionales de estas áreas. El trabajo presentado por José Antonio Ocampo se ocupa de analizar los asuntos de la deuda pública y el mercado internacional de capitales con los efectos pertinentes sobre el endeudamiento nacional y las posibles alternativas para el manejo de los impactos producidos por la deuda.

A este grupo de trabajos presentados en la segunda mitad de la década de los años ochenta podrían agregarse algunos que compitieron por los premios de ciencias de la Fundación un poco más adelante; los de Eduardo Sarmiento "Pobreza, política social y desarrollo en Colombia (1994) y los de Consuelo Corredor "Economía y conflicto social en Colombia: los límites de la modernización económica" (1992), trabajos de mucho impacto en los públicos lectores de las ciencias sociales y que rompen de alguna manera con los paradigmas postkeinesianos y neoclásicos dominantes en la época, volviendo la mirada



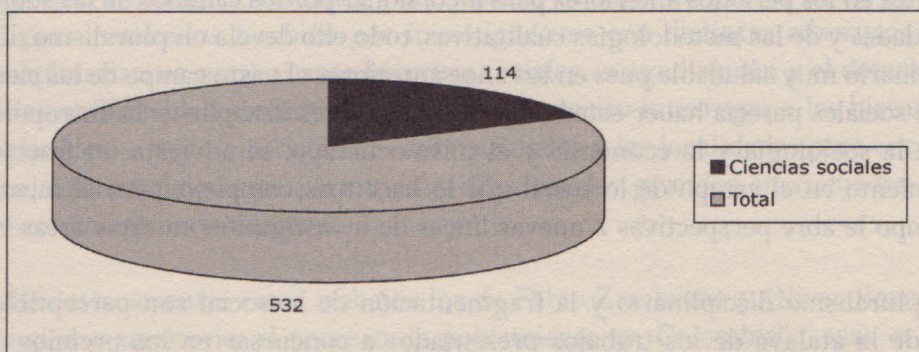
hacia los grandes problemas como la pobreza, la precariedad de las políticas sociales y las tensiones entre modernidad y modernización, entre otros.

En esta década de los ochenta ocurrió para las ciencias sociales una situación novedosa por decir algo y fue que en el concurso de 1988, resultó triunfador en la competencia con las ciencias duras un trabajo colectivo denominado "Historia económica de Colombia", obra patrocinada por Fedesarrollo y en la cual participaron economistas tan prestigiosos como Jesús Antonio Bejarano y José Antonio Ocampo e historiadores de la talla de Jaime Jaramillo Uribe, Germán Colmenares y Jorge Orlando Melo, entre otros; dos disciplinas de las ciencias sociales, la economía y la historia, que se conjugaban para producir una obra explicativa que se proponía renovar las interpretaciones canónicas que corrían en el país sobre la configuración de los sistemas y de la vida económica colombiana.

Esta obra en ciencias sociales se publica al tiempo con "Economía y nación" de Salomón Kalmanovitz y coincide con la aparición de los Manuales de Historia de Colombia y con las obras colectivas de los investigadores de la "Nueva Historia" publicadas en esa misma época; para las ciencias económicas e históricas, estas obras significaron el cierre de un ciclo centrado en las historias nacionales; los economistas pondrían su acento investigativo en temas de coyuntura, análisis macroeconómicos y econométricos y los historiadores abandonarían paulatinamente los enfoques nacionales y globales de la historia para incursionar en temas regionales y locales y en las historias de la cultura y las mentalidades.

GRÁFICA 3

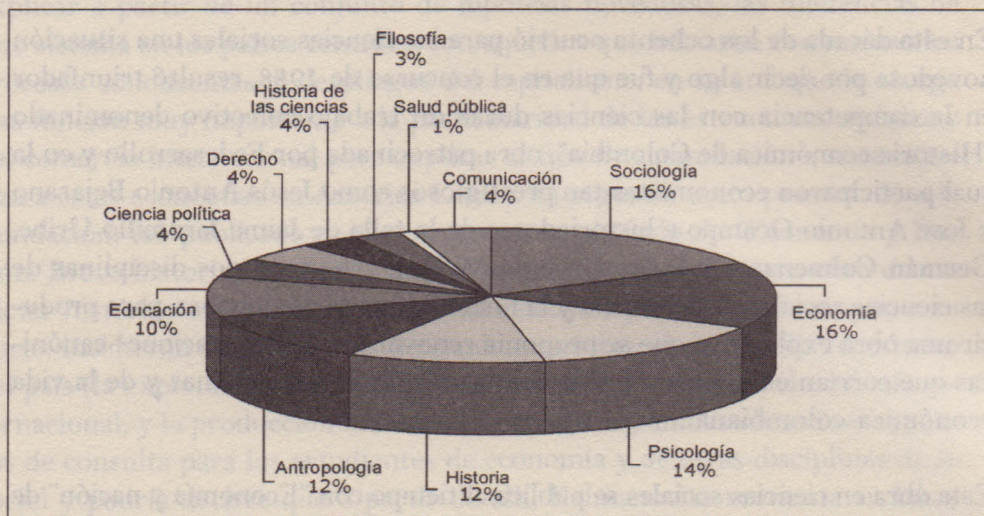
Presencia de las ciencias sociales en el total de los trabajos presentados a la FAAE entre 1976 y 1995.





GRÁFICA 4

Presencia de las disciplinas de lo social en el total de trabajos en ciencias sociales presentados a la FAAE entre 1976 y 1995.



### Pluralismo disciplinario, fragmentación de lo social y ampliación del panorama investigativo

Este florecimiento de las ciencias sociales adquiere su mayor despliegue en la década de los noventa; nuevos saberes como la ciencia política, la semiótica, la filosofía, la sicología social, los estudios de género, la pedagogía y la historia de las ciencias, entre otros; diversos objetos de análisis que convocan perspectivas interdisciplinarias, como los trabajos sobre la violencia y el conflicto; la comunicación y lo urbano, la medicina social y la salud pública; nuevas metodologías que parecían dejar atrás las perspectivas estructurales e institucionales dominantes en los períodos anteriores para incursionar por los caminos de las subjetividades y de las metodologías cualitativas, todo ello devela un pluralismo disciplinario muy saludable pues en los años anteriores el vasto campo de las ciencias sociales parecía haber estado dominado por tres disciplinas: la antropología, la sociología y la economía y al mismo tiempo, se advierte un fraccionamiento en el campo de lo social que lo hace más complejo, pero al mismo tiempo le abre perspectivas a nuevas líneas de investigación en estas áreas.

El pluralismo disciplinario y la fragmentación de lo social son perceptibles desde la atalaya de los trabajos presentados a concursar en los premios de



ciencias de la Fundación Alejandro Ángel Escobar; lo primero que se advierte es un incremento cuantitativo de los trabajos con orientación social. La década empieza con un promedio de siete trabajos anuales sobre 22 de las ciencias exactas y naturales, para terminar con un práctico equilibrio en el último año analizado (2005) con la advertencia de que el gran salto cuantitativo se produce cuando se institucionalizan los premios en ciencias sociales (1995).

En el panorama general de los trabajos presentados a la competencia por los premios se destacan tres grandes objetos de análisis: la historia de las ciencias; los estudios urbanos, regionales y locales; y la violencia, los conflictos armados, sus dinámicas, territorios y sus actores. En el primer grupo cabe destacar como trabajos pioneros el de Gabriel Misas y Jorge Charum y otros, denominado "Programa de desarrollo científico y tecnológico. Estructura científica, desarrollo tecnológico y entorno social. La conformación de comunidades científicas en Colombia" (1991), que recoge algunas de las iniciativas que venía desarrollando Colciencias desde los años ochenta y que continuaría con los excelentes trabajos de Diana Obregón, "Surgimiento de las Sociedades Científicas en Colombia" (1992), y "Batallas contra la lepra. Estado, medicina y ciencia en Colombia" con el cual logró el premio en ciencias sociales en el año 2001. Los trabajos sobre ciencia y tecnología han tenido un amplio desarrollo impulsado en buena parte por Colciencias, a través de seminarios, talleres, publicaciones y un trabajo permanente con grupos de investigadores sobre estos asuntos.

### **Regiones, localidades y territorios**

El segundo gran grupo, quizá los más numerosos, son los estudios sobre regiones, localidades, ciudades y territorios; trabajos históricos en su mayoría pero realizados también por investigadores con distintas adscripciones disciplinarias; es como si ante las crisis sociales, la agudización y el deterioro de la conflictividad armada en el país, fuese preciso interrogar a las historias regionales, a las territorialidades subnacionales y las localidades para encontrar algunas claves que permitiesen dilucidar las grandes encrucijadas del país en los últimos tiempos.

Cabe destacar entre estos trabajos los de Fabio Zambrano y Oliver Bernard "Ciudad y territorio, el proceso de poblamiento en Colombia" (1993), o "La



historia de la ciudad de Medellín” de Fernando Botero (1994); la historia de la subregionalización de los Santanderes del historiador Armando Martínez (1995); la “Historia económica y social del Caribe colombiano” de Adolfo Meisel Roca; la “Colección de estudios de localidades” del Instituto de Estudios Regionales de Universidad de Antioquia (1995), coordinado por el antropólogo Hernán Henao Delgado, y “La ciudad representada”, excelente investigación de Francisco Gutiérrez Sanín que mereció mención de honor en el concurso de 1998. Dentro de esta línea de análisis cabe mencionar el trabajo de Fals Borda denominado “Historia doble de la Costa” en tres tomos (1995), donde el autor rescata lo que él llama “la cultura anfibia” para explicitar las diferencias culturales de las zonas bajas, ribereñas y costeras de esta región y aporta un método expositivo muy novedoso que consiste en contraponer los relatos y narraciones memoriales de los pobladores con los discursos analíticos y académicos del autor; en este texto Fals despliega su metodología de Investigación-Acción participativa que tanta influencia tuvo en Colombia y en toda América Latina. En el año 2000 un trabajo histórico sobre la configuración sociopolítica de las territorialidades andinas y caribes logró el premio en ciencias sociales; se trata del texto “Ordenamiento espacial y control político en las llanuras del Caribe y en los Andes centrales neogranadinos, Siglo XVIII”, de Marta Herrera Ángel.

Estos trabajos aportan conocimientos muy específicos, a veces muy eruditos sobre las particularidades socio-culturales y economico-políticas de estos espacios territoriales, consignan estrategias metodológicas muy novedosas y han ido constituyendo enfoques analíticos para el abordaje de lo regional. Son trabajos con mucha divulgación entre los estudiosos de las ciencias sociales y si bien solo uno de ellos fue premiado, constituyen referentes de mucho valor para el trabajo investigativo en estas disciplinas.

Dentro de los estudios con enfoque regional y local cabe destacar una vertiente muy llamativa, las investigaciones sobre las regiones de reciente colonización, o de aquellas agobiadas por el conflicto armado, o las olvidadas en los trabajos anteriores que se centraron sobre lo que ha dado en llamarse “la sociedad mayor”. Es como si apareciese “la otra Colombia”: la multiétnica, india, negra y mestiza; esa desconocida, temida, a veces estigmatizada y siempre excluida sobre la cual poco se sabía y cuyo devenir por lo general conflictivo y marginal, podía estar en la raíz de las desventuras nacionales de las últimas épocas. Con esta orientación cabe señalar algunos trabajos como los



de Clara Inés García sobre el Bajo Cauca Antioqueño (1994); "Urabá, colonización, violencia y crisis del Estado" de Fernando Botero (1994), y "La Casa Arana: un enfoque etnohistórico del proceso extractivo de caucho en el Amazonas colombiano" de Roberto Pineda Camacho (1994); "El Vichada, proceso social y planificación regional" de Ludgerio Alfonso Kamués Figueroa y otros, y "Putumayo. Una historia social y cultural" (2002) de Augusto J. Gómez y otros; este trabajo, reelaborado y profundizado logró el premio en ciencias sociales en el año 2005.

Mención aparte amerita "La historia de Orocué" de Roberto Franco García, que obtuvo el premio de ciencias sociales en el año 1998; este trabajo sigue la línea de los estudios locales y reconstruye de manera muy sugestiva los procesos de larga duración que marcaron la vida de ese poblado en la frontera venezolana, su fundación y primeros años, muy ligados a la lógica poblacional, cultural y económica de las haciendas jesuitas existentes en esa región; su época de florecimiento comercial y crecimiento demográfico mediante la exportación de plumas de garza y otros productos extractivos hacia Venezuela y el Caribe y su declive a principios del siglo XX; quizá lo más llamativo del trabajo es que devela la casi total desconexión de esa región fronteriza con el centro del país, "la sociedad mayor" y el Estado colombiano y los ciclos de expansión y decadencia de un universo local que ha desenvuelto su vida prácticamente al margen de la sociedad nacional, situación que por lo demás no es exclusiva de Orocué sino que se replica en las amplias fronteras de Colombia.

### **Violencia y conflicto armado**

El tercer grupo de trabajos es el que tiene que ver con la violencia y el conflicto armado, visto desde muchos enfoques disciplinarios (culturales, socioeconómicos y políticos); analizado con diversas metodologías y técnicas (cuantitativas y cualitativas); mirado a través de aproximaciones históricas o de análisis coyunturales, examinado en sus lógicas y prácticas bélicas, de acuerdo con los actores que participan o los grupos poblacionales sobre los cuales éstos dominan; en fin, podría decirse que a partir de la publicación del libro "Colombia: Violencia y democracia", contratado por el Ministerio de Gobierno y financiado por Colciencias en 1986, se abrió un debate nacional que aún no termina y que ha permitido la publicación de tra-



bajos excelentes y una aproximación cada vez más afinada de éste, que es el problema primordial de la sociedad colombiana desde hace al menos cuatro décadas.

Este giro hacia los estudios de la violencia, se advierte de manera clara en las convocatorias a los premios de la Fundación; algunos de estos trabajos han merecido los premios en ciencias sociales y otros no lograron ninguna nominación pero son investigaciones de mucho valor que han aportado conocimientos muy significativos para desentrañar la complejidad de esa intrincada realidad social; empezando por los segundos habría que señalar que buena parte de los trabajos sobre regiones y localidades excluidas abordan el tema del conflicto armado aunque no sea ese su objeto central de indagación como ocurre con las mencionadas en el punto anterior; otras, invierten los vectores analíticos, se ocupan de la violencia pero tratan de explicarla en los marcos de las historias y las particularidades regionales, rescatando la diferenciación de las prácticas bélicas y las diversas modalidades del conflicto armado.

Vale la pena mencionar el texto "La violencia en el municipio colombiano" (1998), presentado por investigadores con mucha trayectoria en el tema, Fernando Cubides, Ana Cecilia Olaya, Carlos Miguel Ortiz y Diana M. Losada; es un análisis de tipo cuantitativo que parte de aquellos municipios colombianos con tasas de violencia más altas a los que se incorporan distintas variables económico-sociales, sociodemográficas y otras de similar importancia con el propósito de ver cuales de esas variables o vectores analíticos tienen más incidencia en el fenómeno, buscando construir perfiles de municipios violentos; se trata de una investigación muy sistemática y que presenta un panorama general bastante completo. En esta misma línea de trabajos cuantitativos está el del salubrista Saúl Franco, "El quinto: no matar" (1999), un texto que aborda el análisis sobre los distintos enfoques paradigmáticos en los trabajos sobre la violencia y desarrolla un modelo empírico de medición muy afinado que le permite criticar las diversas fuentes de información y mostrar un panorama bastante trágico de la violencia en los centros urbanos y en las pequeñas localidades del mundo rural. En la misma línea está el trabajo de Mauricio Rubio "Crimen e impunidad" (2001), aunque la preocupación del autor en este caso se orienta hacia la criminalidad en general y al análisis de la insuficiente respuesta del Estado y del derecho penal al crecimiento de este fenómeno en el país.



En el otro espectro de la metodología, esta vez cualitativa y centrada en el enfoque de los imaginarios y las representaciones colectivas, está el trabajo de Carlos Mario Perea "Porque la sangre es espíritu; imaginario y discurso político de las elites capitalinas (1942-1949)". Esta obra tuvo la virtud de incorporar a la reflexión sobre la violencia la dimensión de las representaciones colectivas, de las retóricas y las metáforas discursivas o narrativas cuyo impacto en las mentalidades y los sentidos comunes violentos es un campo de exploración muy prometedor; en esta misma línea se enmarca la excelente investigación de María Victoria Uribe "Mitos fundacionales y conciencia histórica de tres agrupaciones insurgentes (Sri Lanka; Irlanda del Norte y las FARC en Colombia)" (2005); además de rescatar las dimensiones de lo imaginario, los mitos y las representaciones colectivas, este trabajo aporta una verdadera novedad en los estudios sobre la violencia y es una dimensión comparativa con fenómenos similares en otros continentes y reflexiones teórico-metodológicas muy importantes para quienes sigan esta línea de análisis.

Con un enfoque distinto de los anteriores, orientado por la política, la teoría de la guerra y el conflicto armado se presentó a concurso en el año 2004 un texto de Eduardo Pizarro denominado "La democracia asediada" publicado posteriormente y que tuvo la importancia de abrir un debate muy interesante sobre la naturaleza de nuestro conflicto, las razones o sinrazones de la guerra y sobre las posibilidades de resolverla mediante la acción estatal. Es un texto muy fino, analítico y conceptual que refleja la madurez intelectual de un investigador que le ha dedicado parte de su vida académica a este tema.

"Entre la legitimidad y la violencia: Colombia 1875-1994" es un texto síntesis del historiador Marco Palacios en el cual realiza una mirada integral, comprensiva y de amplia capacidad interpretativa sobre la historia nacional de más de un siglo, donde rescata los cambios institucionales, el devenir de la economía, la acción política de los partidos, los balances sobre temas como salud y educación y por supuesto las violencias desde las guerras civiles hasta la coyuntura de los noventa, pasando por los dramáticos años cincuenta: es un trabajo muy importante, publicado posteriormente por Editorial Norma y que ha sido un libro de consulta obligada para los estudiosos de la política y el conflicto en Colombia. Esta obra concursó en el año 1995.

Otros textos sobre la violencia presentados a la Fundación han abordado el tema desde la lógica de los actores, sus prácticas, sus historias, sus razones y



las relaciones con otros actores no armados y con distintas instituciones nacionales o grupos sociales: aquí podríamos mencionar dos de la mayor significación académica: “El orden de la guerra: Las FARC-EP entre la organización y la política” de Juan Guillermo Ferro Medina y Graciela Uribe Ramón, investigadores de Universidad Javeriana (2004) y el de Mauricio Romero “Paramilitares y autodefensas 1982-2003”. Estos textos, elaborados sobre la base de trabajos de campo muy exhaustivos y reconstrucción de historias de vida y entrevistas a profundidad con actores, pobladores y autoridades, permiten un acercamiento muy riguroso y revelador a la autopercepción que tienen estos actores sobre ellos y su quehacer, sus proyectos de dominio y control y sobre las eventuales razones que los llevaron a tomar las armas; ambos trabajos presentan unas hipótesis muy plausibles sobre estos grupos armados de distinto signo político.

Este panorama sobre las investigaciones de la violencia, que no es exhaustivo pues solo se mencionan aquellos más significativos o de mayor impacto en los públicos lectores, devela que por la convocatoria a los premios de ciencias de la Fundación Alejandro Ángel Escobar, han desfilado los principales investigadores del país sobre estos temas y los principales centros de investigación que se han comprometido con estas líneas de trabajo, como el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad Nacional IEPRI; el Instituto Colombiano de Antropología e Historia ICANH, el Centro para la Investigación y la Educación Popular CINEP y otros centros de las universidades públicas regionales. No es de extrañarse entonces que a partir de la institucionalización de los premios en Ciencias Sociales de la Fundación, varios trabajos con estos enfoques hubiesen resultado ganadores. En los nueve años que lleva el reconocimiento a los aportes de lo social al desarrollo científico nacional (en 1997 el premio fue declarado desierto), cuatro de ellos se refieren específicamente a este objeto de análisis y el quinto, premiado el último año (2005), si bien está centrado en el tema de las memorias se teje sobre historias e imágenes de violencia y exclusión.

### **Los trabajos premiados sobre el tema de la violencia**

En 1995 y en reñida competencia con trabajos de mucho valor que se presentaron en ese año inaugural, se lleva el galardón el trabajo de un grupo interdisciplinario de la Universidad Nacional, dirigido por la antropóloga



Myriam Jimeno denominado “Estudio exploratorio sobre comportamientos asociados a la violencia”. Esta obra trata de responder mediante la formulación de un conjunto de hipótesis muy bien argumentadas, una pregunta que circulaba por los ambientes académicos y los de la opinión pública sobre aquellos comportamientos sociales, y prácticas o tradiciones culturales que pudiesen explicar la pervivencia de estrategias violentas de los colombianos para la solución de conflictos políticos, pero también privados y domésticos que pudiesen tener otra alternativa de solución.

Francisco Leal Buitrago, politólogo de la Universidad de los Andes, se lleva el premio en ciencias sociales en 2002 con el trabajo “La seguridad nacional a la deriva. Del Frente Nacional a la posguerra fría”, en el cual el autor examina el devenir de la historia política colombiana de las últimas cinco décadas, y propone mediante un análisis muy riguroso interpretaciones muy bien sustentadas sobre la relación acción política –violencia– Estado y sobre la precariedad del aparato público para garantizarles a los ciudadanos algún recurso de seguridad frente a los conflictos sociales y la expansión de la violencia y de la lucha armada; esta es una obra madura, que refleja un trabajo sistemático y ordenado de muchos años sobre el Estado, el gobierno y las violencias.

En el año 2003 el premio de ciencias sociales es para Mary Roldán Sierra con su obra “A sangre y fuego, la violencia en Antioquia 1946-1953”; este texto, escrito originalmente en inglés y que fue la tesis de doctorado de la autora en una universidad norteamericana, aborda el tema de la violencia en un período que dada la intensidad de los conflictos y el incremento de las muertes violentas bajo modalidades atroces, tomó el nombre de *La Violencia* (con mayúsculas) y así se lo conoce en la historiografía colombiana; la tesis general que ilumina el texto es la relativa autonomía entre los niveles locales, regionales y nacionales en el despliegue de las estrategias violentas de los grupos armados que se enfrentaban por el control partidista de la nación; el desarrollo desigual de estos procesos que mostraba una presencia diferencial en el territorio de la nación e incluso de los departamentos, con zonas violentas y otras relativamente pacíficas; el compromiso de las elites locales con los grupos armados (chusmas y contrachusmas), pero también sus ejercicios de negociación y acuerdo para impedir que la vorágine del conflicto afectara sus localidades aún en contra de los dictámenes al respecto de los directorios nacionales de los partidos. Es un excelente texto, que consigna un riguroso trabajo de archivo utilizando algunas fuentes documentales relativamente



desconocidas y una revisión bibliográfica muy crítica sobre los estudios que se han ocupado del tema; además ofrece algunas hipótesis muy esclarecedoras que a mi juicio permitirían desentrañar las lógicas de las violencias políticas del presente.

En el año 2004 recibe mención de honor el trabajo denominado “Violencia política en Colombia: de la Nación fragmentada a la construcción del Estado”, presentado por un grupo de investigadores del Cinep del cual hicieron parte Fernán González, Ingrid Bolívar y Teófilo Vásquez; esta excelente investigación, publicada el año pasado y de la cual se han hecho varias ediciones –caso poco frecuente con los textos de las ciencias sociales–, aborda el tema del conflicto armado desde el paradigma de la historia social y de la construcción del Estado del sociólogo Norbert Elías y del historiador Charles Tilly, asumidos con la distancia crítica necesaria para la interpretación de fenómenos políticos bélicos ocurridos en espacios y tiempos diferentes a los examinados por los autores. Con esta perspectiva analítica y con el aporte de algunas hipótesis interpretativas de investigadores colombianos sobre el tema, los autores despliegan su análisis sobre una realidad nacional violenta, fragmentada, profundamente diferenciada y diversa y sobre las particularidades de los procesos político-institucionales de conformación del Estado, que a juicio de los autores, siguen un rumbo particular que si bien se aleja de los paradigmas clásicos no significa que sea deficitario, frustrado o inconcluso; la clave histórica en un contexto analítico teórico muy riguroso, les permite desarrollar un trabajo de mucho valor científico y de muy buen recibo entre la comunidad de investigadores y los públicos lectores.

El quinto trabajo que podría catalogarse bajo el nombre genérico de violencia es la última mención de honor otorgada por la Fundación (2005), a la antropóloga social Pilar Riaño Alcalá, de la universidad canadiense British Columbia por su trabajo “Habitantes de la memoria: Jóvenes y violencia en Medellín Colombia (1985-2000)”; este trabajo conjuga las aproximaciones a la violencia urbana de bandas y “combos” de los barrios populares de Medellín con los jóvenes, en tanto que nuevos actores sociales de la vida colombiana (en períodos anteriores fueron pensados solo como categorías de análisis pero no como sujetos de la acción), y con los enfoques paradigmáticos culturalistas de los imaginarios y las representaciones colectivas que tan buenos antecedentes ha tenido en la investigación social; los miedos, las lealtades, los lazos sociales de grupos informales, las relaciones con los vecindarios y con aque-



llas figuras para ellos paradigmáticas de algunos actores ilegales, le permiten a la autora ir tejiendo una trama explicativa muy reveladora del sentido y la significación de estos actores sociales en el contexto de las ciudades, donde este contexto también habla y cuenta una historia particular que en alguna medida incide y sobredetermina las mentalidades y los imaginarios de los jóvenes violentos.

### **Otros objetos de investigación también entran en el panorama de los premios de ciencias sociales**

A pesar de esta aparente dominación de los estudios sobre la violencia, algunos trabajos premiados se apartan de esta temática y apuntan a desentrañar objetos investigativos de mucha importancia para el devenir de las ciencias sociales en el país. Cuatro trabajos cabría mencionar en este apartado: "San Agustín: arte, estructura y arqueología" del antropólogo César A. Velandia Jagua, profesor de la Universidad del Tolima y fundador del Museo Antropológico de esa Universidad, presentado a concurso en 1992 y distinguido por el jurado con el premio debido a las innovaciones en el estudio de la iconografía y la iconología agustinianas. Fue publicado por el Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular en 1994.

El de Juan Luis Londoño, premiado en 1999, titulado "Distribución del ingreso y desarrollo económico: Colombia en el siglo XX". El autor recoge en este texto, que algunos califican de poskeinesiano (Zuluaga Nieto, 1991: p. 165), un interés particular de los economistas, que en esa época estaban ocupados de analizar los asuntos de la distribución del ingreso, las cuentas nacionales, las políticas de ajuste macroeconómico y el mercado externo, logrando construir una matriz de contabilidad social en la cual a las relaciones propiamente económicas, les incorpora el estudio de los sectores sociales populares dando como resultado un instrumento analítico muy útil para el diseño de políticas sociales.

En 1999 fue premiado un trabajo antropológico muy valioso en tanto que describe desde perspectivas etnológicas y etnográficas la vida de un colectivo indígena nómada: los Nukak, prácticamente desconocido por los investigadores sociales pero también por el Estado y la sociedad mayor, que no tenían noticia de su existencia. Colectivo indígena recolector y cazador que

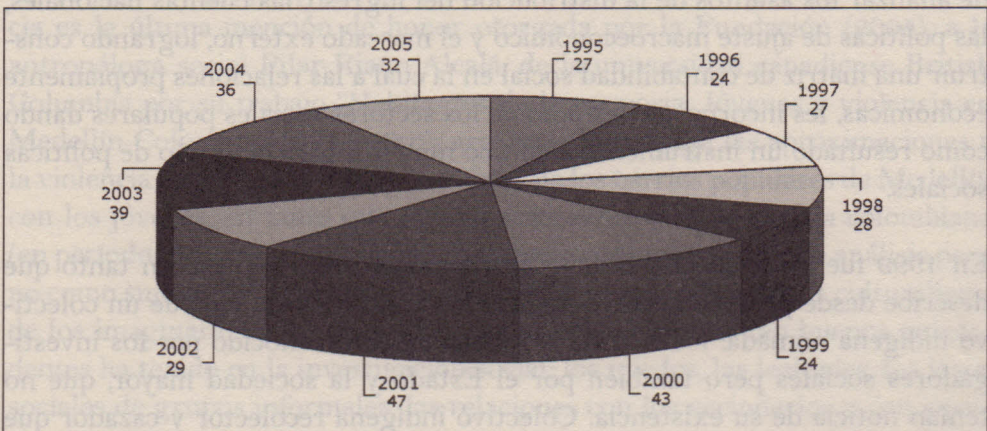


se mantenía en un estado semejante al que encontraron los conquistadores en el siglo XVI y que recorría las selvas del Amazonas siguiendo los ritmos del tiempo, de la recolección y la caza; para esta tribu su mundo empezaba y terminaba en la selva y no tenían referentes sobre la existencia de la nación, del orden político estatal o de la sociedad mayor que habitaba allende su entorno territorial. Este “descubrimiento” y el estudio de su vida, organización social y parental les permitió a los antropólogos Dany Mahecha, Carlos Franky y Gabriel Cabrera de la Universidad Nacional y la Fundación Gaia–Amazonas, acceder al premio en ciencias sociales.

El cuarto trabajo premiado es de Mauricio Archila Neira, investigador de la Universidad Nacional, denominado “Idas y venidas, vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia 1958-1990”, que se ocupa de un tema relativamente explorado en el país y en América Latina sobre la irrupción de los movimientos sociales de protesta en los escenarios públicos pero que en esta ocasión logra superar las visiones dicotómicas sobre los mismos: las utópicas que veían en estos actores la posibilidad del cambio social o las catastróficas que no les otorgaban mayor impacto en la vida social. Archila hace una revisión crítica de estos movimientos desde las teorías de la acción colectiva y a partir de una mirada sobre la movilización política de estos nuevos actores sociales que tuvieron su mayor despliegue precisamente en el período estudiado por el autor, logra conclusiones muy atinadas sobre estas movilizaciones y anota referentes analíticos muy sugestivos para los estudiosos de estos temas.

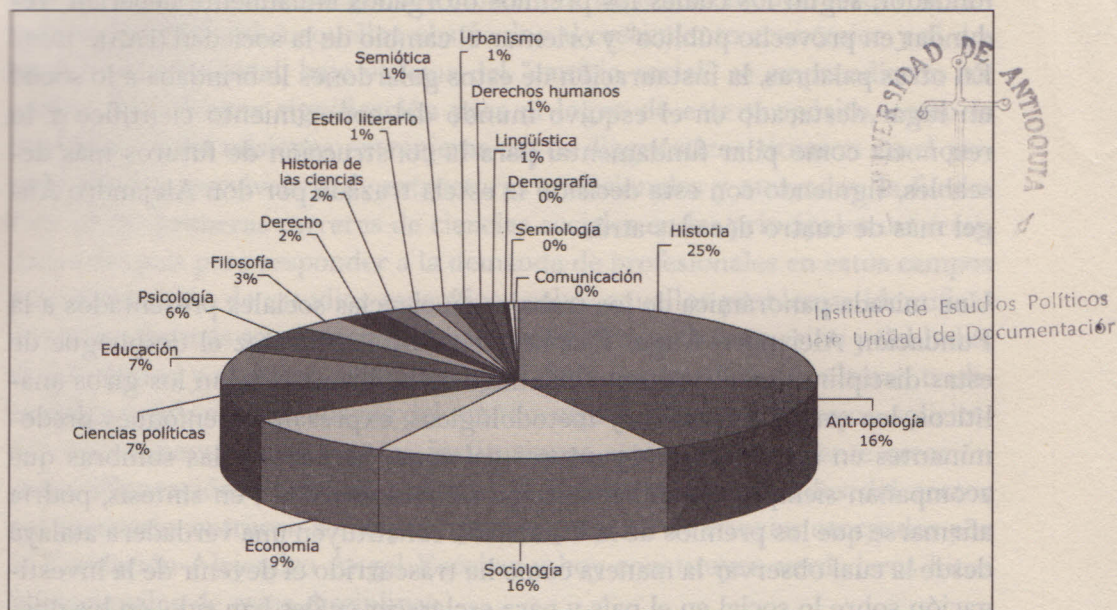
GRÁFICA 5

Total de trabajos en ciencias sociales presentados a la FAAE entre 1995 y 2005.





GRÁFICA 6  
 Presencia de las disciplinas de lo social en el total de trabajos de ciencias sociales  
 presentados a la FAAE entre 1995 y 2005.



### Balance sintético sobre los trabajos en ciencias sociales presentados a la Fundación Alejandro Ángel Escobar

La decisión de la Fundación Alejandro Ángel Escobar de instituir un premio especial para las ciencias sociales tuvo un doble significado de la mayor trascendencia y que quizá no ha sido comprendido en su real dimensión, y fue el de poner en pie de igualdad a las disciplinas de lo social con las llamadas ciencias duras, disciplinas que pese a su formalización y a sus aportes, a juicio de algunos, no eran científicas porque no tenían definido su estatuto epistemológico<sup>1</sup>; de esta manera, se le abría un espacio al quehacer científico de

<sup>1</sup> La desventaja frente a las ciencias duras ya había sido planteada por Colciencias en un documento donde se decía: "... Queda sin embargo la preocupación ante los riesgos anejos a la relegación de las ciencias sociales a la última prelación dentro de la décima y última prioridad de la "matriz" en el momento en que las imposiciones del Departamento de Planeación no puedan ser contrarrestadas por los buenos oficios de quienes dirigen a Colciencias. Colciencias: *Ciencias sociales en Colombia 1991*. Empresa Editorial Universidad Nacional, Bogotá, 1992, p. 18.



lo social; además, se aceptaba formal y públicamente que sin los aportes de las ciencias sociales no sería posible cumplir a cabalidad con los propósitos del fundador, según los cuales los premios otorgados anualmente deberían “reundar en provecho público” y orientar el cambio de la sociedad (FAAE, 1953). En otras palabras, la instauración de estos galardones le brindaba a lo social un lugar destacado en el esquivo mundo del conocimiento científico y lo reconocía como pilar fundamental para la construcción de futuros más deseables, siguiendo con esta decisión la estela trazada por don Alejandro Ángel más de cuatro décadas atrás.

Una mirada panorámica de los trabajos en ciencias sociales presentados a la Fundación Alejandro Ángel Escobar, develan a contraluz el despliegue de estas disciplinas en el contexto científico colombiano, reflejan los giros analíticos, los cambios teóricos y metodológicos, expresan los enfoques predominantes en las diversas coyunturas así como las luces y las sombras que acompañan siempre esa difícil relación ciencia-sociedad; en síntesis, podría afirmarse que los premios de la Fundación constituyen una verdadera atalaya desde la cual observar la manera como ha trascendido el devenir de la investigación sobre lo social en el país y para esclarecer cuáles han sido, en los diferentes momentos, aquellos asuntos considerados como problemas prioritarios en los últimos cincuenta años de la vida nacional.

Un examen detallado de los trabajos presentados al concurso permite reconstruir los comienzos de la investigación social en Colombia, que llegaron de la mano con la presencia de las masas en el espacio público, el advenimiento de un gobierno reformista y la creciente preocupación por lo que se llamó en la época –tercera y cuarta décadas del siglo XX– “la cuestión social”. Instituciones como el Instituto Etnológico Nacional, la Escuela Normal Superior, el Instituto de Antropología, el Ateneo de Altos Estudios y la Comisión de Cultura Aldeana sirvieron como nichos para las primeras investigaciones sociales, la formación de profesionales en estas disciplinas y la elaboración de las primeras aproximaciones sistemáticas y formalizadas a temas sociales, superando la tradición ensayística de los intelectuales colombianos hasta ese momento. Algunos de los investigadores que participaron en estas propuestas académicas presentaron sus trabajos en la década del cincuenta al concurso de ciencias de la Fundación Alejandro Ángel Escobar y hoy constituyen uno de los patrimonios más valiosos de esa institución.



La profesionalización de las ciencias sociales y el pacto de éstas con el Estado coincide en el tiempo y en el espacio con los inicios de la Fundación Alejandro Ángel Escobar, impregnados ambos por un ánimo modernizador orientado a remover todos aquellos obstáculos al crecimiento económico y al desarrollo institucional; bajo el lema del "cambio social" se emprendieron acciones de la mayor significación para el logro de este propósito, como la contratación de misiones extranjeras cuyos diagnósticos situaron en el primer plano la pervivencia de estructuras tradicionales y atrasadas; la fundación de las primeras carreras de ciencias sociales en las principales universidades del país para responder a la demanda de profesionales en estos campos y la elaboración de estudios específicos sobre aquellos problemas identificados como los más acuciantes, el de la tierra y el mundo campesino y del indio, el del empleo y el atraso económico y el de la persistencia de culturas tradicionales y visiones sacralizada del mundo; algunos de estos trabajos, solicitados en su mayor parte por las instituciones estatales de reciente creación como Planeación Nacional, el Dane, el Incora y las entidades del sector agropecuario, entraron a competir por los premios de ciencias otorgados por la Fundación Alejandro Ángel Escobar y hoy constituyen verdaderos hitos fundacionales de estas disciplinas.

Al terminar la década de 1960 se rompe el pacto tácito entre ciencias sociales y Estado, se desdibuja el optimismo sobre la capacidad del aparato público para promover los cambios requeridos y se despliega una postura crítica y revolucionaria que dejó de ser propositiva para incursionar por los caminos de la confrontación y el contestatarismo, lo que significó el abandono de los estudios empíricos y focalizados del período anterior, cambios en los paradigmas analíticos y en los enfoques teóricos, la adopción del marxismo como "la única teoría científica" y la predominancia de interpretaciones de corte estructural y generalizante. Estos giros dejaron su marca en el panorama de los trabajos presentados a la Fundación y manifiestan un cierto declive de las investigaciones sociales con la excepción de la economía, hegemónica para la época entre estas disciplinas y que vivió en ese período uno de sus momentos más brillantes.

Los años noventa traen vientos frescos para la investigación social en el país; nuevos saberes, otros objetos de análisis, innovaciones metodológicas centradas en la acción social y política de los sujetos, y nuevas preguntas que



buscan desentrañar realidades abigarradas y complejas que no se dejan ver desde lo estrictamente empírico como en los inicios ni desde lo puramente estructural-generalizante como en el período anterior; este florecimiento tuvo que ver con la disminución de los prejuicios estatales sobre las ciencias sociales consideradas por mucho tiempo como peligrosas y con un mayor compromiso, aunque todavía insuficiente, de las universidades y de Colciencias con la investigación en estas áreas. Este auge corre parejo con la creación de los premios en ciencias sociales de la Fundación Alejandro Ángel Escobar y sus huellas son claramente identificables tanto en la cantidad de trabajos presentados como en la exquisita calidad de los premiados.

La Fundación Alejandro Ángel Escobar es depositaria de buena parte de la memoria histórica sobre el devenir de las ciencias sociales en Colombia, en sus archivos reposan los originales de muchos trabajos que como mojones definen el mapa conceptual de estas disciplinas; con su apoyo a través de los premios y las menciones, se ha contribuido a la divulgación de muchos trabajos que de no ser por los reconocimientos adquiridos no hubiesen llegado a los públicos interesados, dado el relativo aislamiento en el que se investiga en Colombia. Estímulos de esta naturaleza contribuyen de manera significativa al conocimiento y el re-conocimiento de unas disciplinas que pese a sus avances, todavía tienen que disputarse el lugar que les corresponde en el panorama de las ciencias en el país.

## Referencias

- AROCHA, JAIME (1984). "Antropología en Colombia. Una visión". En: *Un siglo de investigación social*. Editorial Presencia. Bogotá.
- CATAÑO, GONZALO (1980). "La sociología en Colombia". En: *Memorias III. Congreso Nacional de Sociología*. Asociación Colombiana de Sociología. Bogotá.
- COLCIENCIAS (1992). *Ciencias sociales en Colombia*. Empresa Editorial Universidad Nacional. Bogotá.
- DE FRIEDEMANN, NINA (1984). "Ética y política del antropólogo, compromiso profesional". En: *Un siglo de investigación social*. Editorial Presencia. Bogotá.



- FALS BORDA, ORLANDO (1960). *Acción comunal en una vereda colombiana: su aplicación, resultados e interpretación*. Universidad Nacional. Facultad de Sociología. Monografías Sociológicas # 4. Bogotá.
- \_\_\_\_\_ (1961). *Campesinos de los Andes*. Estudio sociológico de Saucó. Universidad Nacional. Facultad de Sociología. Monografías Sociológicas # 7. Bogotá.
- \_\_\_\_\_ (1961). *El hombre y la tierra en Boyacá*. Editorial Antares. Bogotá.
- Fundación Alejandro Ángel Escobar (1953). *Testamento de Alejandro Ángel Escobar*. Archivo de la Fundación. Bogotá.
- \_\_\_\_\_ (1995). *Acta de Junta Directiva # 245 de 15 de febrero de 1995*. Archivo de la Fundación. Bogotá.
- GÓMEZ, JUAN GUILLERMO (2005). *Cultura intelectual de la resistencia*. Ediciones Desde Abajo. Bogotá.
- GUTIÉRREZ DE PINEDA, VIRGINIA (1975). *Familia y cultura en Colombia*. Instituto Colombiano de Cultura. Biblioteca Básica Colombiana, Vol. 3. Bogotá.
- JIMENO, MYRIAM (1984). "Consolidación del Estado y la Antropología en Colombia". En: *Un siglo de investigación social*. Editorial Presencia. Bogotá.
- KALMANOVITZ, SALOMÓN (1987). *Economía y Nación: breve historia económica de Colombia*. Siglo XXI Editores. Bogotá.
- PINEDA CAMACHO, ROBERTO (1984). "Reivindicaciones del indio en el pensamiento social". En: *Un siglo de investigación social*. Editorial Presencia. Bogotá.
- UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA (1998). *Universidad de Antioquia: Historia y Presencia*. Ed. Universidad de Antioquia. Medellín.
- ZULUAGA NIETO, JAIME (1992). "El estado actual de la investigación económica". En: *Ciencias Sociales en Colombia*. Colciencias. Bogotá, pp. 160, 165.